

REUNION DE GOBERNADORES DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y DEL BANCO MUNDIAL, EN WASHINGTON

Discurso de A. W. Clausen, presidente del Banco Mundial,
ante la Junta de Gobernadores

Me siento honrado y complacido de encontrarme oficialmente con ustedes por primera vez en esta asamblea.

Digo "oficialmente" porque, como muchos de ustedes saben, hace más de una década que vengo asistiendo como invitado a estas Reuniones Anuales Conjuntas del Banco y el Fondo. Aunque hoy estoy aquí en diferente capacidad y con una nueva responsabilidad, no me siento como un extraño; me encuentro como en casa y espero con gran interés el desarrollo de nuestras deliberaciones durante esta semana.

Todos los que nos hallamos aquí —cualquiera que sea la parte del mundo de la que vengamos— sabemos muy bien que es probable que por lo menos los primeros años del decenio de 1980 sean económicamente dificultosos. Todos conocemos los problemas: persistente inflación, demasiado desempleo, insuficiente crecimiento y desequilibrios comerciales. Diariamente nos enfrentamos a ellos, ya sea que vengamos de países miembros en desarrollo o desarrollados.

La situación económica mundial se ha debilitado en el curso de los doce últimos meses. La persistente recesión en las naciones desarrolladas ha tenido un efecto depresor en los principales mercados de exportación de los países en desarrollo y, como resultado, esas sociedades han encontrado a su vez más difícil hacer frente a los mayores costos de las importaciones que precisaban. La asistencia concesionaria a los países más pobres —fundamentalmente necesaria— sigue siendo insuficiente y el aumento de la inestabilidad y los tipos de interés más altos en los mercados de capital privado han hecho que la obtención de préstamos sea más costosa y ardua para muchos de los países de ingresos medianos.

No es probable que estos factores cambien con rapidez y, en consecuencia, los próximos años serán difíciles para los países miembros en desarrollo, en particular para los más pobres. El crecimiento económico más lento, el comercio internacional más restringido y unos mercados de capital más inestables significarán que los recursos para inversión en los países en desarrollo, tanto internos como externos, escasearán. Esto a su vez significa que las prioridades tendrán que definirse con cuidado, las decisiones en materia de inversión habrán de examinarse más detenidamente y los recursos disponibles deberán utilizarse con la mayor eficacia posible.

Esto también es aplicable al Banco. Debido a la escasez de fondos susceptibles de inversión, la evaluación cuidado-

sa de las prioridades deberá llevar aparejada una intensificación de los esfuerzos encaminados a asegurar que los recursos disponibles se usen con la máxima eficacia. El Banco tendrá además que hacer frente a una situación especial; con la participación de la República Popular de China, el número de habitantes de nuestros países miembros en desarrollo ha aumentado en casi 50%.

Los requisitos de China en materia de desarrollo son considerables y su necesidad de asistencia del Banco ejercerá grandes presiones sobre nuestros recursos para operaciones crediticias. Esto hace que sea tanto más imperativo el que utilicemos esos fondos de la manera más eficaz posible y procuremos aumentar su poder multiplicador —mediante cofinanciamiento y otras técnicas— en la mayor medida que podamos.

Antes de pasar a lo que creo que deberán ser las prioridades de nuestra institución para ayudar a sus países miembros a hacer frente al futuro económico que he descrito, permítanme que, como nuevo presidente del Banco —en este puesto apenas poco más de noventa días—, les ofrezca a ustedes, los accionistas, mi primer informe.

No les sorprenderá que haya examinado con minuciosidad la situación financiera del Banco y que les diga que me ha impresionado muy favorablemente su historial: una cartera de préstamos que no ha sufrido la más mínima pérdida en sus 35 años de operaciones; un firme criterio en contra de cualquier participación en reprogramaciones de deudas; un volumen de capital exigible de \$ 33.000 millones* de los gobiernos del mundo, que pronto aumentará al doble y que sirve exclusivamente como garantía, para protección de los tenedores de bonos del Banco; activos líquidos de elevada calidad que ascienden a más de \$ 8.000 millones, y utilidades netas obtenidas anualmente desde 1948, de las que más de \$ 3.000 millones han sido reinvertidos en la institución para reforzar su base de capital social.

Los bonos del Banco Mundial han disfrutado las clasificaciones más altas, y con razón. Puedo asegurarles que continuarán mereciendo esas clasificaciones. Es un hecho que en ningún mercado financiero del mundo existen obligaciones más sólidas y seguras que las emitidas por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). Yo añadiría que no hay ninguna que se utilice para un fin más provechoso.

* Las cantidades de dinero se expresan en su equivalente en dólares de los Estados Unidos.

Por consiguiente, juzgándolo conforme a normas bancarias conservadoras, el Banco Mundial es un intermediario financiero saludable y vigoroso entre sus prestatarios y sus prestamistas. Pero es muchísimo más que eso: es también una institución de desarrollo singular e inmensamente productiva.

Se respeta ampliamente la calidad de su trabajo porque las normas que aplica para la identificación, preparación, evaluación, ejecución y supervisión de los proyectos de desarrollo son consideradas entre las más rigurosas y exigentes del mundo. Merecen esa consideración; hace ya más de tres decenios que el Banco viene afinando y mejorando el ciclo de sus proyectos.

¿Por qué son las normas del Banco tan intransigentemente altas en relación con los proyectos? Porque esas normas —y la calidad que aseguran— constituyen la mejor garantía para nuestros países miembros en desarrollo de que los proyectos que el Banco contribuye a financiar representan una utilización de sus escasos recursos sólida y plenamente beneficiosa en función de los costos. En último término, representan los cimientos firmes en los que se apoya la solidez financiera del propio Banco.

Además, el personal del Banco es otro recurso de inmenso valor, forjado a lo largo de muchos años. Los funcionarios superiores son ejecutivos avezados y los técnicos, así como el personal de apoyo, son profesionales de gran capacitación y dedicación. Representan a más de cien nacionalidades y poseen una gama de conocimientos y una experiencia en la esfera del desarrollo de amplitud y profundidad sin igual.

Haciendo uso de esa experiencia, el Banco proporciona no sólo financiamiento y asistencia técnica, sino también una amplia gama de servicios, que van desde grupos consultivos hasta los productos de su amplio programa de investigaciones; desde sus informes económicos sobre países hasta el informe sobre el Desarrollo Mundial; desde proporcionar asesoramiento sobre administración de la deuda hasta la capacitación que imparte el Instituto de Desarrollo Económico; desde intercambios privados de opiniones, basadas en una experiencia de ámbito mundial, hasta sus numerosos estudios y publicaciones, que utilizan en todo el mundo gobiernos, instituciones, universidades, bancos comerciales y corporaciones, así como hombres de negocios, eruditos y especialistas.

Cuando el Banco inicia relaciones con un país en desarrollo, examina muy detalladamente su economía. Se considera, con razón, que los informes económicos del Banco Mundial se cuentan entre los más exhaustivos que existen. Los análisis del Banco son meticulosos y sus conclusiones de una total sinceridad. No siempre complacen, pero proporcionan la base objetiva sobre la que pueden adoptarse decisiones racionales sobre asignación de recursos y opciones de políticas.

¿Y dónde ha adquirido el Banco sus principios económicos? Sobre el terreno y en el trabajo, durante 35 años de si-

tuaciones reales en cientos de proyectos exitosos y eficaces en función de los costos realizados en decenas de países diferentes de todo el mundo —que han hecho aumentar la producción y mejorar la eficiencia y han contribuido a la transferencia de tecnología— y con millones de horas-hombre de experiencia práctica acumulada.

Ese tipo de asesoramiento económico y asistencia técnica a un país en desarrollo es con frecuencia tan valioso como la dotación de fondos para un proyecto. Después de todo, el Banco Mundial es de por sí el banco de último recurso, y de ahí su preocupación —antes incluso de tomar una decisión acerca de si participar o no en un proyecto determinado— por asegurarse de que los limitados recursos propios del país se utilicen con eficacia y se destinen a objetivos apropiados relacionados directamente con las prioridades nacionales.

En pocas palabras, el Banco es tan cauteloso y cuidadoso en cuanto a la utilización que hace un país de sus recursos internos como lo es acerca del empleo de sus propios recursos.

Las relaciones del Banco con sus países miembros en desarrollo son únicas; lo son porque su mandato es desempeñar un papel realista y rigurosamente racional en el proceso de desarrollo. No tiene intereses políticos que defender ni banderas ideológicas que agitar. Le preocupan exclusivamente los principios económicos pragmáticos.

El Banco puede trabajar y trabaja satisfactoriamente con países de todas las secciones del espectro político, con la única salvedad de que estén dispuestos a ser realistas en materia de economía y tengan cuidado de no sustituir los datos con doctrinas o los hechos con filosofías.

En cualquier país en desarrollo, el objetivo básico del Banco Mundial es exactamente el mismo: prestarle asistencia para acelerar su crecimiento económico y mejorar las oportunidades de sus habitantes, y de ese modo hacer posible el logro de un mejor nivel de vida para todos.

Sé que se unirán a mí para honrar al hombre cuyo liderazgo al frente del Banco a lo largo del último decenio ha hecho posible lograr tanto: mi predecesor, Robert McNamara. Durante sus trece años como presidente, el Banco Mundial se ha convertido en la institución internacional de desarrollo mayor y más influyente del mundo. Su mandato ha sido prodigiosamente activo, innovador y productivo. Jean Monnet, fundador de la Comunidad Económica Europea, solía decir que hay dos clases de personas: las que quieren ser algo y las que quieren hacer algo. Robert McNamara es una de esas personas que no sólo quería hacer algo en el campo del desarrollo —sin tomar en consideración alabanzas o recompensas— sino que realmente hizo lo que considero que los historiadores del desarrollo reconocerán como una labor verdaderamente monumental.

Por lo tanto, para resumir este informe inicial a los accionistas, permitanme que diga que encuentro no sólo que la situación del Banco Mundial es saludable y vigorosa, si-

no también que sus relaciones con los 139 países que son actualmente sus miembros son sólidas y productivas.

Así es como debe ser. Después de todo, esas relaciones son fundamentales para que el Banco Mundial pueda cumplir su función, ya que los intereses de los dos grupos principales de países a los que el Banco sirve —los prestatarios y los prestamistas— se refuerzan mutuamente. Ninguno puede prosperar del todo a menos que ambos prosperen y no se puede servir a ninguno de forma adecuada a menos que se sirva a ambos. El mandato del Banco Mundial es contribuir al éxito económico de sus países miembros en desarrollo, pero sólo puede hacer esa contribución si retiene el apoyo de los gobiernos y los mercados privados de sus países miembros exportadores de capital.

Quiero pasar ahora a examinar el modo en que estas relaciones se pueden fortalecer aún más en los años venideros.

Es de sobra evidente que el Banco no puede hacer por sí solo todo lo que es preciso hacer en la esfera del desarrollo; tampoco debe intentarlo. Pero si todos los principales elementos que intervienen en esta empresa internacional —los organismos multilaterales, la asistencia bilateral, el sector privado y los diversos grupos especializados— pudieran vincularse en una relación de cooperación más estrecha y eficaz, las posibilidades de lograr un mayor progreso mejorarían considerablemente.

El Banco Mundial ha tenido, por supuesto, una experiencia muy amplia en lo que respecta a la coordinación de la asistencia para el desarrollo y en la actualidad preside 21 consorcios y grupos consultivos precisamente con ese fin. Ahora bien, creo que es más lo que se puede y debe hacer para ayudar a todos los participantes en este proceso, en particular a los que pertenecen al sector privado.

Por lo que se refiere al propio trabajo del Banco en los años iniciales del decenio de 1980 y posteriormente, su propósito seguirá siendo aquel para el cual se fundó la institución: constituir una fuente singular de capital para fines de desarrollo —reforzado por la asistencia técnica más altamente profesional disponible—, destinado a préstamos y créditos para proyectos productivos de alta prioridad, con elevadas tasas de rendimiento económico y, tanto en el caso del BIRF como de la Asociación Internacional de Fomento (AIF), con reembolso plenamente cubierto por garantías gubernamentales.

Dadas las realidades del actual panorama económico mundial —los mayores costos de importaciones esenciales, las graves limitaciones que pesan sobre los presupuestos nacionales y la escasez general de recursos para inversión—, muchos de nuestros países miembros en desarrollo van a enfrentarse en los años iniciales del decenio con el panorama de unas tasas bajas de crecimiento económico. Su problema es encontrar los medios de ajustarse a la situación económica externa —que ellos no pueden modificar— tomando medidas para mejorar aquellos factores económicos internos que sí pueden cambiar.

Para estos países, el ajuste estructural a las realidades de la economía mundial significa en la práctica reacciones más apropiadas en materia de políticas, incentivos de precios más eficaces, mejores indicadores del mercado, mayor actividad exportadora y un mejor uso general de los recursos, tanto materiales como humanos. Hoy día, la situación económica mundial tiene poco margen de tolerancia para la ineficiencia, ya sea que se derive de la administración desacertada de las empresas públicas, de la inadecuada utilización de la capacidad privada o de subsidios mal orientados que benefician a los ricos bajo la apariencia de ayudar a los pobres.

El Banco orientará su financiamiento para proyectos y sectores y su amplia gama de servicios de asistencia técnica a ayudar a nuestros países miembros en desarrollo a efectuar esos ajustes estructurales. Es evidente que los ajustes no serán fáciles, pero también lo es que son fundamentalmente necesarios si es que estos países han de conseguir en el decenio de 1980 resultados mejores que los que indican las proyecciones económicas actuales.

Me alienta ver que para realizar este esfuerzo podemos contar con la estrecha y cada vez más eficaz colaboración de nuestra institución hermana, el Fondo Monetario Internacional (FMI). En Bretton Woods, los fundadores estuvieron acertados al pensar en las dos instituciones como pilares gemelos de su nueva empresa. La orientación y asistencia del Fondo a los países en desarrollo que experimentan problemas urgentes de balanza de pagos son con frecuencia condiciones previas para las contribuciones efectivas del Banco Mundial. Al mismo tiempo, la asistencia de capital a largo plazo del Banco puede empezar donde terminan los programas de estabilización. Los esfuerzos del Banco y del Fondo se complementan y refuerzan mutuamente. Quiero rendir tributo al liderazgo de Jacques de Larosiere en el fortalecimiento de las relaciones entre el Fondo y el Banco, y espero con interés trabajar en estrecho contacto con él.

Si bien el Banco continuará efectuando operaciones en muchos sectores económicos y muchas regiones geográficas, hay en mi opinión tres campos que requieren atención prioritaria: la agricultura y el desarrollo rural, la energía y el África al Sur del Sahara.

En los últimos años, la mayor proporción de los préstamos y créditos del BIRF y la AIF —alrededor de 30%— se ha destinado a financiar proyectos de desarrollo agrícola y rural. Es necesario que se mantenga el hincapié en este sector.

Aproximadamente el 60% de la población de los países en desarrollo sigue dependiendo de la agricultura y de actividades conexas para su supervivencia y, lo que es igualmente importante, la producción agrícola es un factor clave del desarrollo de la mayoría de los países. En los más pobres es un factor crucial.

Las necesidades de alimentos aumentarán rápidamente en los países en desarrollo durante los próximos años, tan-

to a causa del crecimiento de la población como debido al aumento de los ingresos. A menos que la producción de alimentos de estos países aumente en forma sostenida, esas necesidades crearán tensiones insostenibles para los sistemas mundiales de producción y distribución de alimentos, que supondrán una amenaza de malnutrición extendida en los países más pobres y un aumento de las presiones inflacionarias en las naciones industriales.

La dilatada experiencia del Banco en proyectos agrícolas le ha dotado de la pericia técnica necesaria para ayudar a nuestros países miembros a ampliar los sistemas de riego, proporcionar servicios de extensión más eficaces, aumentar la capacidad de almacenamiento, difundir la tecnología y mejorar los servicios de comercialización y distribución. Los proyectos agrícolas han registrado tasas de rendimiento excelentes. Han dado como resultado mayores suministros de alimentos y, al incrementar la oferta de productos para exportación o sustitución de importaciones, posiciones más fuertes de balanza de pagos.

El problema alimentario de Asia ha empequeñecido a todos los demás simplemente en razón de la magnitud de las cifras. Por necesidad, ha sido en esa región en la que el Banco ha hecho su mayor esfuerzo, tanto en lo referente a volumen de financiamiento como en cuanto a asistencia técnica, pero ya comenzamos a ver la posibilidad de una transformación radical en la India, Indonesia, Pakistán y Bangladesh.

Una región que parecía abocada a un futuro de déficit alimentarios masivos e interminables parece tener ahora a la vista algo que se aproxima a la autosuficiencia. Si este éxito se confirma finalmente, habrá sido un logro histórico en la guerra del ser humano contra el hambre, de importancia suprema para cientos de millones de personas.

Debo dejar bien sentado que el principal mérito de lo que se ha logrado corresponde a los países de la región, cuyas políticas y recursos fueron los factores clave del éxito. Esto siempre es así allí donde se ha logrado progreso económico, pero tanto el BIRF como la AIF han tenido en ello un papel asociado del que todos podemos estar orgullosos.

Los recursos financieros y técnicos que el Banco destinó a solucionar el problema alimentario de Asia Meridional ciertamente tuvieron efecto. En este caso, como en muchos otros, el Banco y sus instituciones afiliadas han podido dar seguridades a sus países miembros de que unas políticas apropiadas contarían con apoyo en formas muy tangibles y, de ese modo, han reforzado la confianza de los gobiernos y los sectores privados para ir adelante.

Por supuesto, no hay cantidad de financiamiento del Banco que pueda sustituir a unas políticas agrícolas acertadas en los propios países prestatarios, que incluyen la fijación de precios adecuados para los productores, la asignación de recursos para investigación y desarrollo agropecuarios, la construcción de caminos de acceso a las zonas agrícolas, el mantenimiento de servicios de extensión adecuados y, en general, todas aquellas medidas que permiten

que se materialice cabalmente el potencial de los agricultores, en especial los de pequeña escala. Por lo tanto, en los años de restricción de recursos que se avecinan, el Banco tendrá que insistir cada vez más en la importancia de un marco adecuado de políticas cuando negocie programas de crédito agrícola con sus países prestatarios.

Quiero también señalar específicamente la importante función que el Banco continuará desempeñando en la esfera de las investigaciones agronómicas. Es esencial descubrir nuevas técnicas, herramientas y semillas para mejorar la productividad agrícola.

El Banco, en estrecha cooperación con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), patrocina el Grupo Consultivo sobre Investigaciones Agronómicas Internacionales, que vincula a entidades gubernamentales y privadas en apoyo de las instituciones internacionales de investigación. Esta labor ha logrado excelentes resultados. En unión de instituciones bilaterales y otras organizaciones multilaterales, debemos encontrar los medios de fortalecer más las instituciones nacionales de investigaciones agronómicas que puedan adaptar y aplicar a las necesidades y condiciones locales los resultados de las investigaciones internacionales.

Deseo ahora, si me permiten, pasar a examinar la segunda esfera prioritaria para el Banco en el decenio de 1980: la de la energía. Es evidente que la energía es esencial para el desarrollo; simplemente, no puede haber progreso en ningún país sin suministros suficientes. Esto quiere decir que un objetivo principal de los países en desarrollo importadores de petróleo debe ser el de aumentar su propia producción de energía.

Está claro que el éxito que los países en desarrollo logren en la reducción de su dependencia de los energéticos importados determinará en gran medida el grado de flexibilidad que tengan en su gestión económica durante todo el presente decenio y posteriormente.

Ahora bien, satisfacer la mayor demanda de energía inherente al proceso de desarrollo —al tiempo que se reduce la proporción de energéticos de importación exigirá inversiones de gran escala. Esto significa mayores esfuerzos de ahorro e inversión en los países en desarrollo, apoyados por mayores corrientes de capital externo, provenientes sobre todo del sector privado.

El Banco puede, sin embargo, desempeñar una importante función ayudando a movilizar las aptitudes técnicas y los recursos financieros necesarios. En el ejercicio en curso planeamos otorgar préstamos por valor de \$ 3.000 millones para todo tipo de proyectos de energía —lo que representa un incremento de 25% con respecto al ejercicio último— y esperamos seguir ampliando nuestro programa de préstamos para desarrollo energético, ya que el contar con mayores suministros internos de energía es evidente-

mente una necesidad prioritaria para nuestros países miembros en desarrollo importadores de petróleo.

Casi dos tercios del programa del Banco en este sector se concentran en la energía eléctrica. Hay aún un inmenso potencial hidroeléctrico sin aprovechar en nuestros países miembros de América Latina, África y Asia. Los recursos de carbón apenas han comenzado a utilizarse en medida sustancial y el aumento del empleo de este combustible exigirá grandes inversiones en infraestructura, así como en minas, pero el carbón puede sustituir al petróleo en la generación de electricidad y en otros usos de la energía primaria.

Por lo que se refiere al petróleo y el gas, el Banco desempeña una importante función de catalizador: presta asistencia para elaborar los datos en base a los cuales los países pueden atraer inversiones privadas para exploración y explotación, contribuye a financiar la infraestructura necesaria para la explotación de los yacimientos de petróleo y gas, asesora sobre sistemas apropiados de incentivos y, junto con la Corporación Financiera Internacional, ayuda a obtener el financiamiento necesario.

Además, el Banco, al participar en los acuerdos entre los gobiernos anfitriones y las empresas privadas, puede dar a ambas partes un mayor sentimiento de seguridad respecto de la equidad y estabilidad de las condiciones del acuerdo y, de ese modo, hacer más atractivas las inversiones en exploración.

La reducción de los obstáculos políticos institucionales y financieros que se oponen a una mayor exploración y explotación de los recursos de petróleo y gas de los países en desarrollo beneficiará a todos nuestros miembros y hará que el mercado mundial de la energía funcione con más eficiencia.

Tras examinar estos diversos aspectos de la función del Banco en el sector de energía, estoy convencido de que un programa más amplio del Banco en el mismo contribuirá a una transición ordenada hacia un mejor uso de los recursos energéticos, tanto en los países en desarrollo como en los industriales, de que será posible que nuestros países miembros en desarrollo obtengan tasas de rendimiento económico excepcionalmente altas de los préstamos del Banco en este sector y de que será factible lograr que un volumen considerablemente mayor de capital externo —privado y de otras fuentes— participe en proyectos de desarrollo energético del Banco.

Permítanme que pase ahora al tema de la difícil situación de los países de África al Sur del Sahara.

Como ustedes saben, hace dos años los gobernadores de los países africanos pidieron al Banco que preparase un estudio especial sobre los problemas del desarrollo económico de los países de la región de África al Sur del Sahara y sobre un programa apropiado para prestarles asistencia. Ese estudio ya está terminado y ha sido elaborado con gran cuidado. Es muy franco, como siempre lo son y deben serlo los informes del Banco. Pero destacar esta región pa-

ra prestarle atención prioritaria es alertarnos a todos acerca de la existencia de una situación especial.

El África al Sur del Sahara es la única región, entre las principales del mundo, en la que dieciocho países sufrieron de hecho una disminución del ingreso per cápita durante el decenio de 1970, y nuestras proyecciones actuales indican que la mayoría de los países de esta región no registrará prácticamente aumento alguno de dicho ingreso en el decenio en curso.

Esta situación es inaceptable para ellos, para el Banco y en verdad, en el mundo interdependiente en el que vivimos, para todos nosotros. Ahora bien, debemos recordar que se trata de proyecciones, no de predicciones. Nuestro informe indica que con un uso mucho más eficaz de los recursos y la adopción de políticas más apropiadas, como respuesta a la situación económica mundial y a las condiciones internas de los propios países, esas sociedades pueden lograr resultados mucho mejores.

Para que el potencial económico de la región pueda materializarse, nuestros países prestatarios que pertenecen a ella deben planear sus políticas internas de manera que sus recursos propios puedan utilizarse con mayor eficacia. Esto significa reformular esas políticas con objeto de estimular la producción agrícola por medio de un sistema de incentivos más eficaz, reducir los desincentivos a la iniciativa privada, fomentar las exportaciones y aliviar la carga que representan para los presupuestos gubernamentales las subvenciones injustificadas y las empresas ineficientes.

El Banco está dispuesto a ayudar a cualquier gobierno que desee asistencia en el análisis de los problemas y la formulación de programas de acción; en breve, deseamos ayudar a estos países miembros a ayudarse a sí mismos. Pero la necesidad de llevar a cabo esos ajustes se agrega a las ya grandes inversiones que se precisan en infraestructura, energía e instalaciones productivas, por lo que se requerirá fuerte apoyo de la comunidad internacional en general.

En razón de la magnitud de los programas de inversión y la amplitud de los cambios necesarios, hemos instado a que se aumente al doble la asistencia a África. Para hacer que se invierta la tendencia del pasado decenio a la disminución y el estancamiento, será necesario un esfuerzo conjunto de los propios países africanos y de toda la comunidad internacional que se ocupa del desarrollo.

Lo cierto es que las necesidades de capital externo de nuestros países miembros en desarrollo de todo el mundo van a ser considerables en el decenio de 1980. Después de todo, nos estamos refiriendo a sociedades que abarcan en conjunto a más de tres mil millones de personas. Salvo una pequeña fracción, la totalidad de sus inversiones globales para fines de desarrollo proviene —como siempre ha provenido y provendrá— de sus propios recursos internos, pero a pesar de ello sigue siendo urgente su necesidad de capital externo adicional, para ayudarles a convertir esas in-

versiones internas en un proceso de desarrollo autosostenido y de alto rendimiento.

Esto sucede con un trasfondo económico mundial de escasez creciente de capital, y aún más de capital en condiciones concesionarias.

En estos primeros años del decenio de 1980, los países industriales aprueban presupuestos restrictivos para reducir las presiones inflacionarias y en todas partes los elevados tipos de interés son un barómetro inequívoco de las crecientes presiones sobre el financiamiento disponible.

Tampoco el propio Grupo del Banco será inmune a estas presiones. En lo que respecta al BIRF, me complace informarles de que se han completado ya los acuerdos para el aumento general del capital. Las suscripciones comenzarán el 30 de septiembre y, cuando terminen de efectuarse, el capital del BIRF se habrá incrementado de \$ 37.000 millones a más de \$ 75.000 millones.

Suponiendo que las suscripciones se realicen con prontitud, la principal atención, en cuanto a la movilización de recursos para el BIRF, se centrará en la capacidad de este para obtener fondos en los mercados de capitales de todo el mundo en los volúmenes necesarios para financiar su programa de operaciones crediticias.

El programa de empréstitos del BIRF para este ejercicio prevé emisiones por un total de alrededor de \$ 8.000 millones, lo que no será tarea sencilla en vista de las difíciles condiciones y los costos elevados que prevalecen en la mayoría de los mercados importantes. Estos costos crecientes del capital deben traspasarse a nuestros prestatarios, si es que hemos de mantener nuestra solidez financiera.

Será necesario aprovechar las oportunidades de los mercados tradicionales en la medida máxima que permitan las condiciones prevalecientes. El apoyo de Alemania y Japón, así como de Suiza, ha sido especialmente importante en el pasado y seguiremos contando con él, así como con el de otros miembros, incluidas las naciones de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) que tienen superávit de capital. La participación de estas últimas en las tareas del Banco ha sido extensa. Son una de las fuentes principales de cofinanciamiento para proyectos del Banco y hemos hallado formas mutuamente satisfactorias de compartir nuestros conocimientos técnicos. Nuestros intereses comunes son numerosos y espero que estas relaciones se reforzarán y ampliarán en los años venideros.

Además de los mercados tradicionales, el BIRF tendrá que estar también alerta a las posibilidades de obtención de recursos por otros procedimientos nuevos. Estamos actualmente en proceso de estudiar diversos métodos.

Aparte de las posibilidades de una mayor movilización de recursos a través de sus propias operaciones de empréstito, quizás el BIRF pueda también fomentar el financiamiento por parte de otras fuentes. El sector privado representa en particular una fuente potencial inmensa de capital para inversión, y estoy convencido de que hay

mucho que el Banco puede y debe hacer para ayudarle a aumentar sus préstamos a los países en desarrollo.

Por supuesto, un campo en el que se debe hacer mayor hincapié es el del cofinanciamiento del Banco Mundial con bancos comerciales. Aunque esta actividad ha venido aumentando en años recientes, su nivel es aún relativamente modesto. En los dos últimos años, los prestamistas privados han participado con el Banco Mundial en unos cuarenta proyectos habiendo comprometido un total de más de \$ 3.500 millones. Las relaciones entre el Banco Mundial y los bancos comerciales no son, y no deben ser, de competencia. Por el contrario, ambas partes se pueden beneficiar de una cooperación más estrecha en interés de los países en desarrollo y del mundo en general. En vista de esto, procuraremos aumentar sustancialmente el nivel de cofinanciamiento privado en los próximos años.

La renuencia del sector privado a invertir más decididamente en los países en desarrollo a menudo no se debe a indiferencia ni a escasez de proyectos adecuados. Más bien, se deriva de la necesidad de una garantía razonable frente a ciertos tipos de riesgos políticos que no siempre pueden ofrecer las autoridades de un país en desarrollo por sí solas o los planes de seguros que han iniciado una serie de países desarrollados.

Recientemente se ha expresado de nuevo interés por el establecimiento de un mecanismo multilateral de seguros de inversiones que complementa las actividades de otros. Creo que este asunto merece que se le preste ahora atención renovada; si la idea goza de amplio apoyo en principio, en el Banco estamos dispuestos a colaborar en un esfuerzo encaminado a ver si se puede establecer tal mecanismo.

Lo que no siempre se reconoce es que el sector privado genera actualmente bastante más de la mitad del producto interno bruto del mundo en desarrollo y que hay amplios sectores en muchas de las economías de esos países en los que las empresas privadas pueden ser el agente más eficaz para promover el desarrollo económico.

La función principal de la propia institución afiliada del Banco Mundial, la Corporación Financiera Internacional (CFI), que este año celebra su vigésimo quinto aniversario, es ayudar a movilizar los recursos necesarios para aprovechar esas oportunidades de inversión.

El mandato de la CFI es complementar la iniciativa y los recursos privados, no sustituirlos; por lo tanto, en circunstancias en las que es apropiada una orientación de mercado —y en las que los recursos privados no se podrían obtener de otro modo en condiciones razonables—, la CFI puede proporcionar asistencia, tanto técnica como financiera, a empresarios individuales, empresas e instituciones.

El apoyo de la CFI en la concertación de inversiones tiene además un efecto catalítico que ayuda a ampliar la infraestructura industrial de nuestros países miembros al llenar vacíos en el sector, permitiendo de ese modo que se desarrollen y crezcan otras empresas relacionadas. Tam-

bién contribuye a mejorar la calidad de la vida de las personas que viven en esas sociedades, al apoyar actividades que producen eficientemente bienes y servicios básicos y los venden a precios competitivos.

En mi opinión, lo que hace que la CFI tenga éxito es que no es doctrinaria en su enfoque ni inflexible en su asistencia. Reconoce que el grado en que el sector privado puede contribuir al desarrollo económico depende de las necesidades y circunstancias específicas de cada país miembro. Por lo tanto, apoya proyectos de diversa índole: desde empresas puramente privadas a otras de propiedad mixta, pública y privada, e incluso a algunas que son de propiedad gubernamental en su totalidad pero que actúan como cauces para la asistencia al sector privado.

Permítanme que pase ahora a destacar el papel fundamental que desempeña la Asociación Internacional de fomento (AIF).

Aunque los problemas de movilizar recursos en condiciones de mercado son serios, aún son más graves los que plantea la movilización de fondos en condiciones concesionarias en volumen suficiente para apoyar los programas de desarrollo de los países de bajos ingresos. Todos ustedes están familiarizados con las dificultades enfrentadas para completar las suscripciones a la sexta reposición de los recursos de la AIF convenidas de antemano. Planeamos iniciar el próximo año las deliberaciones sobre la séptima reposición; es posible que sean difíciles, pero si tenemos el propósito colectivo de resolver los problemas que se presenten, confío en que podremos hacerlo.

Pero hoy quiero centrar mis comentarios no en detalles específicos de estas reposiciones, sino más bien en lo que a mí entender es el problema fundamental, a saber: la falta de apoyo a la AIF, basada en lo que considero que son malentendidos, de buena fe pero graves, acerca de lo que realmente hace la AIF. Esos malentendidos tienen su origen en parte en cierta semántica desafortunada. Con frecuencia se llama a la Asociación "la afiliada del Banco Mundial que otorga préstamos blandos" y se califica a los créditos de la AIF de "préstamos blandos".

En el mejor de los casos, esta terminología es engañosa. La Asociación es una parte vital del Grupo del Banco,

creada con el fin de ayudar a los países miembros que no tienen suficiente capacidad crediticia para obtener préstamos en condiciones de mercado. Ahora bien, la AIF es una entidad independiente, separada del Banco. Es plenamente responsable de los costos y los riesgos de sus propias operaciones. Es cierto que las condiciones de los créditos de la AIF son concesionarias —y lo son por razones económicas correctas y prácticas—, pero lo que no es cierto es que los proyectos de desarrollo que estos créditos ayudan a financiar sean "blandos".

Los créditos de la AIF son objeto del mismo escrutinio y del mismo tratamiento sin concesiones, tanto por parte del personal como en la junta, que los préstamos del BIRF.

Esto no es sorprendente, ya que no hay absolutamente ninguna diferencia en cuanto a normas entre un proyecto de la AIF y uno del BIRF. El mismo personal profesional del Banco Mundial negocia y administra esos créditos, se insiste en la obtención de las mismas tasas elevadas de rendimiento económico; son objeto de la misma supervisión y se les aplican rigurosamente las mismas normas sobre licitación pública internacional para las adquisiciones, y en relación con ellos se exigen las mismas garantías plenas de reembolso por parte de los gobiernos.

Para que un proyecto de la AIF se pueda aprobar, debe tener una tasa estimada de rendimiento económico de por lo menos 10% en términos reales. Pero cuando un proyecto se ha terminado por completo, es objeto de auditoría independiente —como todos los proyectos del Banco— por un grupo especial, el Departamento de Evaluación de Operaciones.

Los informes más recientes de ese Departamento abarcan proyectos aprobados en el decenio de 1970. En ellos se evalúan los resultados de ciento treinta proyectos que representan un total de inversiones de más de \$ 10.000 millones y un monto de \$ 2.800 millones en préstamos del Banco y créditos de la AIF. De esos proyectos, una proporción que constituye más del 94% de la inversión total había alcanzado sus principales objetivos y las tasas de rendimiento económico de la mayoría habían superado el 10%. Los 49 proyectos agrícolas examinados, por ejemplo, tenían en el momento de la auditoría una tasa de rendimiento económico de 19.5%.

Así pues, la cuestión no es si la AIF es o no eficaz. Si lo es. Tampoco se trata de si la AIF es o no una sociedad filantrópica. No lo es. Un crédito de la AIF no es un cheque de beneficencia social, sino una inversión productiva. Pienso en los países que hace sólo pocos años eran receptores de créditos de la AIF: la República de Corea, Filipinas, Tailandia, Costa de Marfil y unos quince casos similares. Estos países no sólo han pasado de la categoría de bajos ingresos a la de ingresos medianos, sino que hoy día tienen relaciones comerciales vigorosas y valiosas con las naciones desarrolladas.

Es evidente que la AIF es una inversión económica acertada para los países de bajos ingresos, pero también lo es para las naciones que efectúan aportaciones a la AIF y que un día obtendrán una rentabilidad sustancial de esa inversión a través de un mayor volumen de comercio. Esta verdad de la vida económica ha quedado demostrada muchas veces a lo largo de los 20 años de historia de la AIF.

Hay también otra reflexión que quisiera dejar en la mente de aquellos que en los países desarrollados se muestran escépticos acerca del valor de la AIF. Se trata de lo siguiente:

¿Cuánto vale para las naciones ricas poder contar con un grado razonable de estabilidad política y social en los países más pobres del mundo, basada en unas perspecti-

vas de progreso económico? ¿Concierne esto al propio interés de las naciones prósperas, a sus sistemas comerciales, a sus suministros seguros de tal o cual producto, a sus relaciones con otros países de la región? ¿Debe preocupar a los países ricos la posibilidad de que el hambre y la desesperación en un tugurio urbano de una sociedad pobre empujen a los jóvenes sin trabajo a la violencia irracional, o pueden esos países, seguros en su riqueza, permitirse el lujo de no preocuparse?

Estas preguntas que las naciones ricas deberán contestar por sí mismas. Una cosa es cierta: la pobreza y la privación extremas no han hecho mucho a lo largo de la historia por promover la tranquilidad mundial.

La AIF no puede por sí sola hacer que reine la paz en el mundo, pero sí puede ayudar a unos países que contienen a la mitad de los habitantes de nuestro planeta —la mayoría muy pobres— a lograr mayor estabilidad económica, más autosuficiencia y un mayor grado de cohesión social. Esto, evidentemente, redundará en interés de las naciones desarrolladas.

Todos nosotros —los países industriales, los exportadores de petróleo y las naciones en desarrollo importadoras de petróleo— vivimos en el ámbito de una misma economía mundial, plena de perturbaciones. La función del Banco es reflejar los intereses y puntos de vista de todos esos países miembros y servir a todos de manera apropiada, eficaz, pragmática y provechosa. Esto es lo que los fundadores del Banco previeron y, de hecho, lo que el Banco hace.

Las proyecciones económicas de los años venideros son menos optimistas de lo que quisiéramos, pero recordemos otra vez que son proyecciones, no predicciones. Si todos tenemos claros nuestros objetivos, evaluamos cuidadosamente de nuevo nuestras prioridades y hacemos un uso eficaz de nuestros escasos recursos, es seguro que podremos lograr resultados mucho mejores que los indicados por las proyecciones.

Esto exigirá un esfuerzo más decidido y mayor cooperación por parte de todos nosotros.

Ahora bien, quiero pedirles que miren en torno suyo. Tenemos aquí reunido en esta gran sala, bajo el mismo techo, al grupo de personalidades del mundo económico y financiero con mayor capacidad para poner en marcha el esfuerzo que asegure la adopción de las medidas apropiadas y, por consiguiente, que haga mejorar de hecho las perspectivas económicas de todos nuestros países miembros.

Si los que nos encontramos en esta sala no podemos emprender esas medidas, entonces pregunto: ¿quién puede hacerlo?

Tenemos toda esta semana por delante para lograr juntos algún progreso real en ese sentido.

En vista de lo que está en juego para más de cuatro mil millones de personas que habitan en este planeta, no creo que ninguno de nosotros queramos dejar pasar esa oportunidad.

Muchas gracias.

Septiembre 29 de 1981.